

McKenzie Wark: *El capitalismo ha muerto. El ascenso de la clase vectorialista*, Barcelona: Holobionte ediciones, 2021, 238 págs.

Nunca un título fue tan falso como su contenido. En este libro Wark nos propone una lectura del presente en clave postcapitalista, en términos de una nueva relación de clase entre lo que llama la *clase vectorialista* y la *clase hacker*. Sin ningún tipo de conceptualización sobre el capital ni ninguna de sus categorías (mercancía, valor, dinero...), nos quiere mostrar un nuevo modo de producción basado en el vector de información.

Wark continúa en cierta forma aquí sus investigaciones llevadas a cabo anteriormente en *Un manifiesto hacker* o *Gamer Theory*, por ejemplo. A lo largo de esta y sus distintas obras ha perseguido la evolución de los medios de comunicación, la información y nuevas formas de producción. Actualmente continúa con esta línea de investigación como catedrática de Estudios Culturales y Medios de Comunicación en el *Lang College* de la *New School for Social Research* de Nueva York. En este último libro, por tanto, redobla su apuesta provocativa y nos trata de sorprender con la controvertida idea de que el capitalismo ha muerto y ha surgido el vectorialismo.

En cambio, como se indica claramente en el libro, esto no significa que ya no haya capitalismo, sino que está surgiendo una nueva forma de dominación basada en la información como vector. La clase hacker, a la que Wark se declara perteneciente y en la que nos quiere incluir a todos (incluso a los que no sabemos nada de informática), produciría con sus propios medios de producción, algoritmos, *software*, etc.; de los que la clase vectorialista se apropia (en principio mediante la compra o un tipo de relación que no se explicita) y utiliza en su beneficio para controlar el propio capitalismo. Desde esta *nueva* forma de producción y control, Wark analiza el presente y nos dice que el capitalismo ha muerto y que da lugar a algo peor. Se nos dice que se trata de algo peor sencillamente porque la vectorización del mundo funciona de tal forma que busca hacer todo intercambiable y, por tanto, amenaza con aniquilar el mundo entero física y socialmente.

Pero, ¿no es exactamente eso el capitalismo (especialmente en su fase de colapso)? No para Wark. En esta obra, afirma que el capitalismo es una trituradora de cuerpos y no de mentes como el vector. Mientras que el trabajo en el capitalismo se basa en la repetición de lo mismo y en la producción de lo mismo, en la información se trata de ser *creativos* y producir diferencia. Ya aquí muestra desconocer lo que son las categorías mercancía y trabajo abstracto. Éste, para el propio Marx, era el gasto indiferenciado de músculos, nervio, manos y *cerebro* humanos. Para

Wark, la clase *hacker* sólo emplea su cerebro y la clase trabajadora sólo su cuerpo. Dado que el trabajo como proceso de combustión humana es históricamente específico del capital, Wark tendría que renunciar a toda su teoría si hubiera decidido comprender esta noción marxiana. Por eso necesita refugiarse en la creatividad supuestamente específica del trabajo informático. Además, mejor sería reconocer que esta noción, procedente de la máquina de vapor, no puede aplicarse hoy al trabajo realizado con computadoras. La terrible confusión entre trabajo abstracto y trabajo inmaterial, proveniente del peor de los marxismos, es llevada aquí al paroxismo por Wark.

Las empresas modelo de este libro serán Walmart y Amazon. En este punto nos indica que ambas empresas se basan en la gestión de la información y la explotación de otros que producen lo que ellas venden. Wark no debió prestar demasiada atención a la noción de *capital comercial* en Marx. Tanto el ámbito de la logística como la publicidad y el marketing funcionan a partir de la lógica de la mercancía. Es ella misma la que necesita ser vendida y rodearse, por cierto, de trabajadores improductivos que posibiliten esa venta. Para ello es necesario crear una imagen de marca, una marca personal, etc. Es el propio proceso de desustancialización del valor el que obliga a las marcas a procurar despegar el precio del valor en el mercado con el objeto de intentar realizar unos beneficios que ya no son posibles dado que producir plusvalor resulta cada vez más costoso. Pero esto es imposible de concebir para Wark, ya que para ello tendría que abandonar su comprensión del capital como lucha de clases y confrontarse seriamente con la ley del valor. Evidentemente es más sencillo decir que todo es nuevo sin realizar una justificación suficiente de dicha afirmación.

Según Wark, Marx sólo pudo concebir el capitalismo metafóricamente como una máquina de vapor porque esa era la tecnología de su tiempo. Que el propio Marx se refiriera al capital como *sujeto automático* es algo que parece desconocer. Como Marx pensó su tiempo, y su tiempo tecnológicamente no es el nuestro, Marx no sirve para el presente; así es la lógica tecnodeterminista de Wark. A esto se suma que la nueva tecnología ha dado lugar a una nueva lógica de clases que no puede ser entendida en los términos clásicos: la clase vectorialista hace *mindfulness* y yoga a diferencia de los burgueses que preferían tumbarse en el diván. Ahora bien, ¿que la clase dominante ya no sea burguesa significa que no pueda ser interpretada como capitalista? Wark, que no distingue entre capital y burguesía, parece asumir que es así. La nueva clase no es poseedora de los medios de producción, sólo se

apropia de lo producido mediante una gestión de relaciones asimétricas de información. Sin embargo, como ya vimos, las empresas antes señaladas se dedican a la venta de mercancías que producen otras. ¿No será más adecuado entenderlo así? También nos responde Wark negativamente, porque parece ser que lo que se ha convertido en un producto monetizable es la información. Cómo es posible que pueda ser monetizable (lo cual no indica que tenga que tener una relación estricta con su valor o si quiera valor alguno) y cuál es la cualidad común que permite esa equiparación, preguntas que Marx se planteó realmente, Wark las solventa diciendo que no puede haber una relación directa entre el valor y el tiempo de trabajo en lo que produce la *clase hacker*, sin explicitar si esta información es una mercancía o no lo es (dado que se maneja una noción transhistórica de mercancía no queda claro si es que siempre habrá mercancías o que lo que “producen” los hackers no es ya mercancía). Lo que resulta ciertamente curioso aquí es que se añade que todo trabajo creativo no puede ser medido por la lógica del valor. El problema es que el trabajo creativo se dio en todo momento de la historia del capital; pero Wark necesita restringirlo a la creación de información, no vaya a descubrirse el pastel. Es más, ¿a quién no le piden ya ser creativo en su puesto de trabajo sin que eso sea producción de software, algoritmos, etc.?

Si el capital es comprendido como un entramado de socialización en el que el vínculo social es el trabajo y éste se cuasiautonomiza en la forma de un sujeto automático en cuyo auto-despliegue se va produciendo una desustancialización del propio valor conducente al colapso, todo el argumento de Wark se viene abajo. Teorizando el colapso del capital todo adquiere un cariz distinto. Si no pretendiera ir más allá de Marx porque sí, habría entendido que en los planteamientos marxianos existen numerosos elementos para esta comprensión, sin que esto tenga por qué llevar a una dogmática estalinista ni a una estaticidad en los planteamientos marxianos. Si Wark acierta cuando intenta pensar en el capital como algo históricamente específico e históricamente limitado, fracasa por completo al pretender teorizar un nuevo modo de producción. Porque lo que realmente hace es ontologizar las nociones “modo de producción”, “relación antagónica de clase”, “trabajo”, “mercancía”, etc. Como Wark ha decidido tomar a Marx por el marxismo y no analizar en detalle el análisis categorial del mismo, ha perdido el concepto de capital y, por tanto, cualquier cosa le puede parecer nueva. Es más, la relación entre lo nuevo y lo viejo que ella articula es también históricamente específica del capital, pero claro, Wark no puede llegar a verlo. El trabajo y el capital no son, como ella

cree, un eterno retorno de lo mismo, sino el eterno retorno de lo nuevo. Al no comprender esta cuestión, permanece totalmente ciega respecto de lo que el capital es y, lo que es peor, de lo que es el colapso. Wark se mueve en esa noche en la que todos los gatos son pardos.

En su loable esfuerzo por mostrarnos que lo que viene es peor, nos impide pensar que en la transición que va del capital a esa fase supuestamente peor es donde reside lo peor mismo. Sobre todo, porque, como bien supo ver la Teoría Crítica, lo peor es que todo continúe. La barbarie es el capital mismo, no necesita ir a peor aunque pueda hacerlo. El simple hecho de que todo persista es ya la catástrofe misma: el capital culmina, si no se le impide, en la catástrofe absoluta. Para Wark esto es imposible de percibir. Si bien interpreta procesos como el de financiarización como un síntoma de otra cosa, lo vincula a una forma de gestión de la información que automáticamente da lugar, de forma pacífica, a otra forma de dominación. El paso del capitalismo al *vectorialismo* es pacífico para Wark, dando así una vez más muestra de su insuficiente conceptualización de la violenta lógica identitaria de la valorización del valor.

El neoliberalismo y su supuesta biopolítica serían las herramientas mediante las cuales la clase capitalista logró escapar de la trampa en la que le había metido la lucha de clases y la posición que había conquistado la clase obrera a lo largo del siglo pasado. La producción y el control de la información parecen haber sido las herramientas mediante las cuales la clase capitalista creyó salir de aquello, sin darse cuenta de que eso escapaba a su control, se nos narra en este texto. ¿No será que el error está en creer que el capital es sólo lucha de clases? ¿Y si tanto el fordismo como el neoliberalismo fueran fases del auto-despliegue del sujeto automático? De nuevo Wark quedaría en entredicho. Porque lo que estaría sucediendo, como ya dijimos, es el colapso del capital; noción que permite un análisis crítico del presente, cosa que el análisis desplegado en este texto no está ni cerca de conseguir.

Por lo tanto, vemos que la propuesta teórica de Wark es que las fuerzas productivas de la información, que se desarrollan en las últimas décadas del siglo pasado, han mutado las relaciones de producción. El esquema mediante el cual la dialéctica entre fuerzas productivas y relaciones de producción conduce al comunismo ha sido cambiado por Wark para decir que conduce a algo peor que ha llamado *vectorialismo*. Pero el esquema de una mala dialéctica sigue presente. Dado que considera que el capitalismo es única y exclusivamente lucha de clases, no ha comprendido lo que es el valor y, por ello, considera que, si se usa un ordenador para

ciertas tareas, se puede usar para controlar toda la economía. Para Wark la economía es una cuestión puramente cuantitativa y, de hecho, opina que la propia Unión Soviética hubiera debido implementar estas tecnologías para el desarrollo de una economía distinta. No ha comprendido bien la diferencia entre economía política y crítica de la economía política. Si Marx aludió a la divergencia entre valores y precios y a la incalculabilidad de los mismos, Wark no parece haber entendido nada y considera que todo esto es perfectamente calculable por fórmulas de hojas de cálculo. Adopta las posturas de la economía marginalista y, por tanto, se entrega al fetichismo de la técnica. Ha tratado de huir de cierta concepción del marxismo y, sin embargo, ha tratado de enterrar a Marx. Como dicen en Latinoamérica, “ha tirado al niño con el agua sucia”. Esta es una de las principales consecuencias de no haber comprendido el concepto de capital elaborado por el propio Marx. La ironía contenida en la expresión *sujeto automático* alude, precisamente, a la dimensión de racionalidad irracional sistémica. Cuando Wark comprende el capitalismo como sólo racional se equivoca de nuevo.

Todo esto se plasma de forma más clara cuando abandona la diferencia entre esencia y apariencia. Para ella no existe una esencia del capital que pueda mostrarse de formas distintas, sino que ya sólo se trata de monetizar las apariencias dado que no existe esa esencia, la dimensión procesual del sujeto automático vuelve a ser invisibilizada. Contrariamente a lo que Wark piensa esto no es *vectorialismo*; no sucede a causa de las fuerzas productivas de la información, sino de la lógica de la desustancialización del valor inherente a la propia ley del valor. Una vez más, parece que Wark se acerca y, sin embargo, no llega a rozar el problema. Como también sucede cuando decide indicar que no nos encontramos en una fase neoliberal sino *alt-fascista*. Pero deduce esto únicamente de que la forma de dominación procura el mantenimiento en el poder de la clase dominante, por lo que queda totalmente fuera la dimensión fascista de la lógica de la identidad de la forma de mercancía misma. A cada paso que damos en el libro, nos chocamos con que la dialéctica de la forma de mercancía explica la realidad de una manera mucho más solvente que el análisis expuesto en el mismo.

Wark acaba, en este sentido, dibujando un modelo en el cual la *clase vectorialista* domina los medios sobre la organización de la información que controla el proceso productivo, pero los medios de producción siguen en manos de los capitalistas. Al fin y al cabo, a no ser que esté muy equivocado, la información se podrá monetizar, pero no podrá comerse. Por lo que, mientras la clase capitalista tenga los me-

dios de producción, la *clase vectorialista* deberá mantener en esa posición a la clase capitalista si no quiere morir de hambre. De aquí se sigue que la *clase vectorialista* no puede vivir sin la clase capitalista, poseedora de los medios de producción y, la *clase hacker* tampoco podría vivir sin el supuesto proletariado. No se entiende cómo el *vectorialismo* puede apuntar a otra forma de producción. ¿O lo que se está proponiendo es una sociedad en la que cada uno, desde su casa, produce nueva información de forma completamente aislada? ¿Es posible formar una sociedad a partir de la información? ¿O la información sólo puede surgir como parte del concepto de capital? Pensemos en Amazon o Walmart como nos pedía Wark al principio. ¿Qué venderían Amazon y Walmart si nadie lo produjese? ¿Para qué serviría tener una imagen de marca o una marca personal si no hay una mercancía que soporte esa imagen de marca? En última instancia ¿para qué iba a ser necesario captar nuestra atención, digitalizar nuestros movimientos, gustos, etc., si no hay ninguna mercancía que vender? ¿Tiene sentido la noción de control sin la de mercancía o trabajo? El *vectorialismo*, por sí mismo, no puede formar un sistema social. Como mucho puede formar algo a lo que no se puede llamar sistema social, en el que las máquinas producen todo y el resto se dedican a ser la *clase hacker*, o al menos a esto es a lo que apunta Wark en todo momento (sin embargo, no sería ni siquiera original en esto, ya que nos ha sido contado en la saga de películas distópicas *Matrix*, bastante más críticas con el capital que este propio texto). Lo peor de todo es que se sigue considerando que el capital renunciará a ser lo que es de una forma pacífica. Pensar en el *vectorialismo* y no en el colapso puede ser la mayor de las catástrofes.

Como el tema principal del libro tiene poco recorrido, el mismo finaliza con 3 capítulos en los que se abordan temas ciertamente tangenciales, pero no carentes de interés. En el antepenúltimo, Wark revisa críticamente las nociones de humano y no humano para pensar un futuro maquínico distinto. Digamos que, en cierta forma, recoge en este capítulo ciertos planteamientos de Haraway y procura sofisticarlos con una crítica ciertamente marxiana. Básicamente, en este capítulo, trata de explorar las posibilidades de cómo podría ser esa simbiosis colaborativa de la *clase hacker* y el conocimiento científico y busca algunos ejemplos históricos como el de Needham y algunos otros.

En el siguiente capítulo, abordará una curiosa cuestión: *el marxismo vulgar*. Frente a un supuesto *marxismo gentil*, como el de Korsch, Lukács u otros, quiere reivindicar un materialismo de lo vulgar. Frente a cualquier forma de totalidad, reivindicará el fragmento como lo bajo, lo vulgar, lo denigrado. Quiere hacer un cierto

detournement, similar aunque distinto, al realizado por las teorías *queer* con la propia palabra *queer*. Para ello se inspira en y reivindica autores como Platonov, Pasolini o elementos culturales como la música *blues*. Wark quiere buscar el potencial crítico en lo especialmente carente de voz, lo abandonado sin prestar ninguna atención a la totalidad. Existe aquí, incluso, un cierto desprecio a la totalidad en favor de lo vulgar y aparentemente carente de sentido. Su objetivo primordial, como deja claro, es indicar que la vanguardia ya no reside en los trabajadores industriales, sino en los dedicados a los conocimientos científicos e informáticos. La pretensión de Wark, a lo largo de todo el texto, es reconstruir y rearticular la lucha de clases de la forma más efectiva para el presente. Dado que ha diagnosticado que el capitalismo ha muerto, no podrán ser los trabajadores industriales los que lideren la revolución. Por último, elabora un breve capítulo final en torno a la película de *El joven Marx*, enfocado al cambio en el lenguaje que el propio Marx, junto con Engels, habría realizado respecto de la noción de comunismo y su propia práctica política.

Lo que podemos extraer de estos capítulos finales en relación con los primeros es que todo el planteamiento teórico de Wark está atravesado por esta pretensión de revitarlizar la lucha de clases en el siglo XXI. Dado que el proletariado no le parece ya una fuerza útil porque sólo lo era contra el capital y el capital ha muerto, necesita diseñar una nueva clase que luche: la *clase hacker*. Pretendiendo combatir la idea de capitalismo eterno, ha eternizado la historia como lucha de clases. En clara sintonía con todos los marxismos que tratan de buscar la producción de valor por todas partes (reproduciendo la lógica compulsiva de la propia valorización del valor) en vez de encontrar la desustancialización del valor allá donde miren, se dedica a prolongar los aspectos del capitalismo necesarios para su teoría. Wark pretende dar voz a los que no la tienen, pero lo necesita hacer a través de la lucha de clases y, por tanto, necesita crear una clase nueva que se enfrente a una supuestamente nueva forma de dominación. Por ello, recurre al supuesto marxismo vulgar que trata de encontrar, según ella, en lo fragmentario y despreciado su punto de apoyo. Wark, que en alguna ocasión pide ser realmente dialécticos y, por tanto, prestar atención a la totalidad y al individuo, decide dejar de lado el funcionamiento efectivo de la totalidad. La totalidad es totalitaria y, por tanto, debe ser abandonada teóricamente. Este es el peor de los errores teóricos de Wark, porque de esta forma ha perdido por completo el concepto de capital, que es necesario porque el propio capital funciona conceptualmente. Para Wark, como para toda una serie de diversas interpretaciones que podríamos (mal)etiquetar como postmo-

dernas y posestructuralistas, todo es cuestión de interpretación sin atender a la objetividad misma. A pesar de sus esfuerzos por indicar que lo tradicional del marxismo reside en la noción de capitalismo eterno, no ha comprendido que esa lectura se deriva de una insuficiencia de conceptualización respecto de la propia sustancia del valor, por lo que arrastra planteamientos del marxismo tradicional y, de hecho, los eterniza.

El último de los sinsabores en relación a este texto es que el colapso es una dinámica objetiva que prosigue su curso sin interpretación y sin crítica, pero entonces, como diría Robert Kurz, también sin esperanza. Si el pensamiento quiere ser crítico y, por tanto, pensar contra la barbarie, Wark y en especial este pequeño libro, deberán ser profundamente criticados.

Guillermo Hernández Porras

hernandezporrasguillermo@gmail.com